

nacida de la revolución del 68, tal y como expone en «El libre examen y nuestra literatura presente». Más tarde, y con los gustos naturalistas en auge, Clarín reconoce la inteligencia y la cultura de Valera —siempre lo hizo así—, pero a la vez entiende su silencio y su posición rezagada en los caminos de la nueva renovación, consecuencia precisamente de su peculiar posición estética: «Por culpa de este estilo, en gran parte Valera ve hoy disminuir su fama de novelista, mientras a su lado crece y llega a las nubes la de otros, que en no pocas cualidades de escritor le son inferiores sin duda»³⁸. Y ya en las proximidades del final del período que nos ocupa, y en el artículo «Valera», Clarín, mucho más cauteloso, insistía en lo saludable y renovador que para el panorama novelístico español sería la vuelta de Valera a la novela, aunque tuviese las connotaciones ya sabidas, del humorismo, lo personal y lo idealista.

A lo largo de estos años (1875-1890), Clarín juzgó con la natural evolución de su pensamiento crítico, la labor novelística de Valera en diversos asedios. A *Pepita Jiménez* se refiere en muchísimas ocasiones y analiza aspectos de su genial originalidad en «El libre examen y nuestra literatura presente», «*El Comendador Mendoza*» y «*Gloria*» de *Solos* (1881); en la parte tercera de su largo ensayo «Del estilo en la novela» (*Arte y Letras*, 1882-1883), donde dice que cuando salió *Pepita Jiménez* «verdadero prodigio de belleza en el lenguaje, gracioso alarde de elegancia y soltura en el estilo, salíamos de los antros de los novelistas sin gramática»³⁹; en su elogioso «Valera» de *Nueva Campaña* (1885-1886) e incluso en la crítica de *Morsamor*, publicada en *El Imparcial* en agosto de 1899, donde afirma que *Pepita Jiménez* tiene «un algo que tiene ella sola en la literatura española y a eso no llega el Valera de hoy, como no llega nadie»⁴⁰. De *Las ilusiones del doctor Faustino*, novela a la que no dedicó un artículo especial, alude en algunos pasajes ya mencionados de *Solos*, en «Don Juan Valera, en Francia», el estridente artículo de *La literatura en 1881*, y en el ya consabido «Valera» del volumen crítico de 1887. A *El Comendador Mendoza* se refiere especialmente en dos artículos, uno de *Solos*, de idéntico encabezamiento que el título de la novela, y el «Don Juan Valera, en Francia» que nace precisamente como réplica del análisis de esta novela que Ferdinand Brunetière llevó a cabo en las páginas de la prestigiosa *Revue des deux mondes*. De *Pasarse de listo* habla poco, pues la consideraba la más floja de las novelas de la primera serie, aunque le dedicó una reseña ya citada en las páginas de *El Solfeo*. Y, por último, de *Doña Luz* se ocupa con cierto detenimiento en el artículo especial que le dedica en *Solos*, reconociendo su inferior valor respecto de *Pepita Jiménez*, la verdadera obra maestra de Valera a juicio —atinado juicio— del crítico asturiano: «¿Y *Doña Luz*? Si *Pepita Jiménez* no anduviese por esos mundos, *Doña Luz* sería más encomiada; pero esta Luz se eclipsa ante la perla de las novelas españolas contemporáneas»⁴¹.

Como vimos en el apartado anterior, Clarín fue juzgando a Valera desde su propia evolución como intelectual y como crítico literario, aunque siempre estuvo presente su base educativa krausista y por extensión su conocimiento del idealismo filosófico alemán. La actitud general del autor de *La Regenta* ante la novela de Valera presenta

³⁸ CLARÍN: «Del estilo en la novela», *ob. cit.*, pág. 70.

³⁹ CLARÍN: «Del estilo en la novela», *ob. cit.*, pág. 67.

⁴⁰ CLARÍN: «Revista literaria. *Morsamor*». *El Imparcial*, (7-VIII-1899).

⁴¹ CLARÍN: «Doña Luz». *Solos*, *ob. cit.*, pág. 308.

oscilaciones y ambigüedades con la constante de su admiración por la búsqueda de la belleza, la originalidad y la inteligencia cosmopolita de que hizo siempre gala el gran novelista andaluz. En particular, admira Clarín la genialidad de *Pepita Jiménez*, novela a la que solamente opone algún reparo en su artículo sobre la *Gloria* galdosiana y que responde —también nos ocupamos de ello—, más a una opción ética que a una base estética, porque no en balde algún pasaje de la obra de Valera resuena en ese extraordinario monumento novelístico que es *La Regenta*.

Ahora bien, en esa línea de general aceptación de la novelística de Valera, hay serias discrepancias sobre la teoría de la novela que Clarín expuso en el tercero de sus *Folletos literarios*, el que lleva por título *Apolo en Pafos* (1887). Es este ensayo una fantasía literaria con diversos motivos y que adquiere gran relieve en la discusión de la quinta parte entre Calíope, musa de la poesía épica, y Clío, musa de la historia, acerca de a quién pertenece la novela. Precisamente en esa quinta parte, Clarín rebate alguna de las ideas más queridas por don Juan Valera recientemente expuestas en los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (1886-87), aunque la forma dialogada del escrito revela lo matizado y escasamente dogmático del pensamiento de Clarín, como ya advirtió agudamente el profesor Beser⁴², quien, por cierto, también señaló que el tema del debate es, en el fondo, el problema de si la novela debe ser «realista» o «idealista», articulándose tal discusión en torno de las ideas sobre teoría de la novela del autor de *Pepita Jiménez*.

Es bien conocido que Clarín en ese momento es todavía un defensor de las teorías naturalistas, aunque léidas con particular inteligencia. También es lugar común entender los *Apuntes* del egabrense, verdadera pieza central de su rompecabezas teórico, con un propósito estético innegable: impugnar las nuevas doctrinas naturalistas y defender una estética idealista como la única fórmula capaz de afirmar la literatura en su postulación de la belleza y la libertad. Ciertamente, en apretada síntesis esto es así, y, sin embargo, pese al aparente enfrentamiento de tales posturas, hay que reconocer que Clarín acogió con satisfacción los pensamientos de Valera por cuanto suponían un severo varapalo para los sectarios y mediocres seguidores de las doctrinas de Zola: «El señor Valera les va a decir a los naturalistas españoles de poco calibre —me atrevo a adivinarlo— (escribía Clarín a poco de iniciarse la publicación de los *Apuntes* en la *Revista de España*) muchas frescas que conviene que se digan. No siempre será justo, pero siempre será digno de atención»⁴³. Y Clarín se la dispensó con creces y fruto de ello fue la velada réplica de *Apolo en Pafos*, escudado en la tradicional fórmula de la ficción alegórica.

La disputa que cierra *Apolo en Pafos* entre Clío, musa de la historia, y Calíope, musa de la poesía épica, y que tiene como colofón el parlamento de Apolo, verdadera personificación alegórica del pensamiento de Alas, arranca de la consideración del

⁴² Escribe Beser: «La forma permite a Clarín presentar su entusiasmo por un determinado tipo de novela, para, a continuación y a través del otro interlocutor, colocarle cierta sordina, al reconocer la legitimidad de otras formas novelísticas. Clarín encontraba así solución expresiva a ideas suyas que aparentaban tener ciertos rasgos antitéticos» (BESER, S.: *Leopoldo Alas: Teoría y crítica de la novela española*, ob. cit., pág. 30).

⁴³ CLARÍN: «Palique». *La Opinión*. (Madrid, 9-IX-1886).

Arte de Valera: «Había empezado la disputa con motivo de dos escritos recientes de literatos españoles, a saber, los artículos de Valera acerca del *Arte de escribir novelas*, publicados en la *Revista de España*, y las conferencias dadas por doña Emilia Pardo Bazán en el Ateneo, tituladas: *La revolución y la novela en Rusia*»⁴⁴. Polimnia, musa de la retórica, que había leído ambos trabajos, introduce la discusión elogiando la gallardía de la forma y la selección y originalidad de la cultura de Valera —en cierto modo calificaciones de las que respondería el propio Clarín—, al mismo tiempo que señalaba que, «según Valera, la novela no debe acercarse a la historia, pues ésta lleva la verdad por delante, y aquélla para nada la necesita»⁴⁵; en paralelo establecía que a juicio de la autora de *Los pazos de Ulloa* la novela sería un modo de historia de la actualidad. Detrás de tan actualísimo y encontrado planteamiento subyacía una dicotomía problemática: novela «idealista» o novela «naturalista», que ya Clarín había analizado en otros momentos anteriores de su obra crítica y, en ocasiones, utilizando como referencia dos egregios modelos: de un lado, la primera serie de novelas de Valera, y de otro, la producción galdosiana a partir de *La desheredada*.

En *Apolo en Pafos* es la musa de la historia, Clío, quien expone de forma más detallada sus argumentos al estar francamente interesada en que la novela, «el género más comprensivo y libre de la literatura en los días que corren»⁴⁶, caiga bajo su jurisdicción. Clío cree que «la novela es la historia completa de cada actualidad»⁴⁷ y que, en rigor, el objeto es para historia y novela el mismo: la verdad en los hechos. A continuación, señala que en el devenir histórico ha habido momentos de gran distancia entre la historia y la novela (Clío los ejemplifica con la dualidad cronicón histórico medieval y libros de caballerías), pero en la actualidad presente, historia y novela se han aproximado (el ejemplo es ahora Renan y Flaubert), «y es de esperar que cuando el novelista se haya llegado a penetrar más todavía del fin educador del arte, y el historiador comprenda mejor los misteriosos infalibles recursos de la visión poética, para evocar la más aproximada imagen de la realidad pasada; es de esperar, digo, que entonces sean mayores las semejanzas de novela y de historia»⁴⁸.

Hay, sin embargo, en estos pasajes iniciales de la disertación de Clío —defensora como vemos de una novela en la órbita naturalista— un punto de reveladora importancia. Al señalar la invalidez estética de los cronicones medievales lo hace desde un triple razonamiento: están escritos «sin arte, sin orden didáctico, sin propósito ideal»⁴⁹, presupuestos que Clarín suponía para todo tipo de novelas, y que nos pone una vez más ante la evidencia de la peculiar forma de comprender el naturalismo que tenía el autor de *La Regenta*⁵⁰.

⁴⁴ CLARÍN: *Apolo en Pafos (Interview)*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1887, pág. 87.

⁴⁵ CLARÍN: *Apolo en Pafos, ob. cit.*, pág. 88.

⁴⁶ CLARÍN: *Apolo en Pafos, ob. cit.*, pág. 89. Es vieja idea de Clarín pues ya en *Solos, ob. cit.*, pág. 72, escribía: «Es la novela el vehículo que las letras escogen en nuestro tiempo para llevar al pensamiento general, a la cultura común el germen fecundo de la vida contemporánea».

⁴⁷ CLARÍN: *Apolo en Pafos, ob. cit.*, pág. 89.

⁴⁸ CLARÍN: *Apolo en Pafos, ob. cit.*, pág. 90.

⁴⁹ CLARÍN: *Apolo en Pafos, ob. cit.*, pág. 89.

⁵⁰ Véase en este punto el magistral estudio preliminar de Gonzalo Sobejano a su edición de *La Regenta*. Ver CLARÍN: *La Regenta*. Madrid, Castalia, 1981, págs. 16-30, especialmente.